

**Así comienza la nueva
novela de Ignacio del Valle**

1. La pieza sacrificada

—Si aquí ya no importan los vivos, imagínese los muertos.

La frase sin esperanza que le había dirigido meses atrás un oficial retumbó en la cabeza del sargento Espinosa como si hubiera sido pronunciada en el interior de una catedral. Minutos antes, su asombrada orden había hecho que, en un acto reflejo, el grupo de soldados se pusiera en pie cambiando precipitadamente las latas de carne y los cubiertos del condumio por máusers. Vistos desde lejos sobre la congelada superficie del río Sslavianka, envueltos en sus pesados uniformes de invierno, semejaban un grupo de desorientados pingüinos. Al cabo, sus ojos siguieron la línea imaginaria de la mirada del sargento, y cuando toparon con la causa de su voz, la mayoría adoptaron una actitud de recién despertados, de quien no ha entendido aún los límites entre aquello que están viendo y lo que veían en sueños. En una visión dadaísta, un conjunto de unas veinte cabezas de caballo sobresalían esparcidas sobre el lago helado como un ajedrez monotemático. Las ijadas abiertas, la tensión de sus cuellos, los ojos extraviados, todo indicaba que habían sido capturados por el frío en plena carrera. Pero no era el fantástico cuadro lo que mantenía su atención en suspenso, sino el hombre enterrado en el hielo hasta el torso que se hallaba pegado a una de ellas. El sargento Espinosa se adelantó y fue esquivando en zigzag cabezas equinas hasta quedar a la altura del cuerpo. Hasta ese momento habían utili-

zadas las cabezas como improvisados asientos donde tomar la comida del día, y sólo cuando se levantó la niebla que, como un muro, les venía acompañando desde por la mañana, pudo el sargento descubrir al hombre. Se agachó con dificultad y observó su uniforme y el rostro helado. A continuación limpió la escarcha de las mangas y comprobó en la izquierda el águila del emblema nacional alemán y en la derecha el distintivo con los colores rojo y gualda y la leyenda «España». El muerto pertenecía a su división, pero su cara no le sonaba. Claro que no resultaba extraño: había más de dieciocho mil que recordar. Cuando dio por concluido su examen, se irguió de nuevo y contempló Rusia, su cielo abovedado por la grisalla, su tierra inmensa y blanca, sin puntos de fuga ni dominantes. Experimentó un ligero mareo y buscó entre las hileras de abedules que respuntaban las márgenes del río, hasta fijar la vista en las cúpulas tornasoladas del monasterio ortodoxo de Molewo. La tradición contaba que en él, una noche, un monje que hacía la ronda se había encontrado a Dios sentado en un oscuro rincón; de inmediato, el monje se había echado de bruces al suelo y exclamado qué hacía su señor Dios allí. Y Dios le respondió, pero no con voz de trueno, sino con voz apagada: «Estoy cansado, pope, muy cansado». El sargento Espinosa siempre se sentía reconfortado por aquella imagen rayana en la herejía. Se le antojaba un dios como debía ser: humano. Murmuró una rápida súplica de descargo y a continuación se dio la vuelta y llamó con un gesto a uno de los soldados. Éste se colocó el fusil en bandolera y copió el recorrido de su superior, resbalando en algunos trechos.

—Ya ve —le dijo el sargento resignado cuando se cuadró ante él, como si fuera lo más normal del mundo encontrar aquello en aquel lugar—. ¿Le reconoce?

El soldado se agachó y observó el rostro glacial del cadáver. Su máscara mortuoria, formada por una

capa irregular de escarcha, le recordó a los habitantes de Pompeya mineralizados por la lluvia de cenizas del Vesubio. El somero vistazo le hizo llegar a la misma conclusión que su sargento.

—Creo que es de los nuestros, mi sargento.

—Acaba de descubrir usted la pólvora —respondió el sargento Espinosa con la mala leche que le caracterizaba—. ¿Y cree usted que también habrá que tomarle el pulso?

El soldado mantuvo un respetuoso silencio, avisado de la perpetua alianza de su superior con una úlcera de estómago. El sargento Espinosa, un voluntario que en la vida civil era ayudante de la cátedra de Química de la Universidad de Madrid, y en la vida militar era igual de precavido, masculló un «esto es muy raro» y, ante lo irregular del caso, aplicó las nociones que tenía sobre la rutina en las investigaciones y organizó con rapidez los pasos a seguir.

—Lo primero de todo, usted se queda aquí.

A continuación, el sargento Espinosa paseó su mirada por el resto de los hombres, consciente de la fascinación que produce un accidente mortal, aun en unos individuos acostumbrados a la muerte. Antes de que hablara, el soldado leyó las órdenes en sus ojos.

—Y lo segundo, éstos que no se acerquen.

—A sus órdenes, mi sargento.

—Ahora voy a avisar por radio al teniente.

El soldado observó cómo el sargento se acercaba al grupo que, a juzgar por su inquieto movimiento coral, mostraba un inusual nerviosismo, acentuado tanto por hallarse en zona desguarnecida como por el cercano fragor de la artillería soviética, y le explicaba someramente los

hechos. El soldado también se removió inquieto; aún tenían muy reciente la ofensiva rusa sobre el lago Lado-ga que había aniquilado casi por completo un batallón del 269. Acto seguido, se humedeció los labios agrietados, apoyó sobre el hielo la culata del máuser, se metió una mano en el bolso del uniforme para sobar la rugosa carne de una naranja y estudió de nuevo al muerto en su blanco mausoleo a medida. Mientras lo hacía, y a pesar de que habían elegido las horas cercanas al mediodía, siempre menos frías, calculó que el mercurio debía de andar unos treinta grados por debajo del cero. Se le vino a la mente otra imagen: Dante, el último círculo de su infierno, y su formidable Lucifer enterrado hasta la cintura en otro lago de hielo. Se preguntó si aquel desgraciado se encontraría también allí; en todo caso, sería de envidiar, al menos estaría caliente. Sacó brevemente la naranja y su nota de color brilló como un espejo; volvió a guardarla y siguió palpando. Mientras lo hacía, su instinto, afinado en el frente, se sintió atraído por el poderoso campo de fuerza de un mínimo detalle: el muerto no sonreía. Lo habitual cuando se producía una congelación —y por desgracia no era la primera ni la última que vería— era que el frío tensara los músculos risorios de tal manera que proporcionaba al cadáver una macabra sonrisa. Su pensamiento, al igual que el recorrido que se había visto obligado a trazar entre las cabezas de caballo, comenzó a bandear de un lado a otro, considerando el hecho desde todos los ángulos posibles. Posó el máuser y terminó por acercarse más al muerto, contradiciendo la prohibición de su superior. Hurgó en el cuello en busca de la chapa de identificación, «la chapa de la muerte», lo que provocó que se des-

prendieran varias láminas de escarcha. Los ojos del soldado pasaron entonces de la inocencia a la perplejidad, y a continuación parecieron contemplar una explosión. Su corazón se movió a puñetazos. Levantó la vista y buscó al sargento Espinosa. Distinguió su figura alejándose por la pista de patinaje en que se había convertido el río Sslavianka, hacia los camiones aparcados en su orilla. Gritó con toda la fuerza de que fue capaz, pero el suboficial no alcanzaba a oírle. El soldado, tras sortear de nuevo el laberinto equino, comenzó a correr tras él ante la desconcertada sorpresa del grupo. Cuando logró alcanzarle, en el rostro ganchudo y seco del sargento fue dibujándose un rictus de aversión proporcional a la excelencia de las explicaciones que el soldado, entre pitido y pitido de un aliento agotado por la carrera, iba dándole. Regresaron apresuradamente hasta el cuerpo. El sargento Espinosa aplicó esta vez una curiosidad distante, casi académica. Su estómago ulcerado crujió de angustia y se hizo una señal de la cruz especialmente trabajada. En la garganta del cadáver se abría la sonrisa que debería haber estado en sus labios. Un tajo de oreja a oreja, oscuro, que había quedado mimetizado por la nieve junto con la fina corbata de cristales de sangre que manchaba su pecho.

—Esto ha sido cosa de los ruskis —dictaminó.

El soldado consideró que podría haber sido una explicación plausible; los soviéticos realizaban con frecuencia misiones de castigo; esquiadores que aparecían de noche por sorpresa, como fantasmas, envueltos en sus blancos blusones de camuflaje, deslizándose velozmente por el río, y cuando desaparecían dejaban tras de sí isbas incendiadas, búnkers volados, cadáveres... Pero negó con la cabeza.

—Igual no, mi sargento —le contradijo.

El sargento Espinosa le miró con unos ojos de piedra.

—Hombre, a lo mejor se ha cortado afeitándose, y luego ha salido a pasear por el río, y luego le ha cogido en medio la estampida, y luego se ha roto el hielo...

El soldado, inquieto, se arrebujó en el interior de su uniforme invernal en su obsesión por mantener los treinta y seis grados.

—No, no me entiende, mi sargento. Fíjese bien en la herida.

—¿Qué me quiere decir?

—Que desde cuándo los ruskis se preocupan por nuestra alma. Fíjese.

Espinosa siguió su consejo y concentró tanto su atención que su pensamiento fue casi visible. Esta vez observó al soldado con una extraña aleación de admiración y extrañeza. Bajo la garganta abierta, sobre una de las clavículas, había un detalle que se le había pasado por alto; unas mayúsculas pequeñas, grabadas a punta de cuchillo: «MIRA QUE TE MIRA DIOS». Pasó un viento rafagado y con él los segundos. La idea se le escapaba como una pastilla de jabón, pero logró retenerla.

—¿Me habla de un asesinato?

—Yo sólo digo que esto es muy raro.

—¿Está seguro? —Espinosa afirmó interrogativamente.

—¿Seguro? Yo sólo estoy seguro de mis dudas, mi sargento.

El rostro conservado en vinagre de Espinosa se quedó un rato ausente.

—¿Quién sabe? Con la suerte que estamos teniendo en este maldito lugar... Y ya conocemos lo que viene después de la mala suerte...

—¿Qué viene, mi sargento?

—Una suerte aún peor.

El soldado disimuló una dolorida sonrisa; aunque fuese una persona difícil, no dejaba de valorar el negrísimo humor de su superior, porque el cinismo era la consecuencia, casi la obligación de las mentes lúcidas para sobrevivir.

—Hay que avisar al teniente —liquidó Espinosa—. Y a la policía militar. Y a los sanitarios. Y... —sostuvo un intervalo de duda—, y habrá que pedir también que nos manden al fotógrafo —concluyó.

Al mismo tiempo que tomó la decisión, comenzó a trapear; copos grandes, casi transparentes de nieve. Ambos se quedaron contemplando aquel paisaje concebido para hordas de gigantes, un lugar que anulaba cualquier existencia individual.

—¿Su nombre?

La pregunta del sargento, hecha de una manera inesperada, a bocajarro, sobresaltó al soldado.

—Arturo, mi sargento. Arturo Andrade.

Su voz fue tumbal, hueca.

—Arturo... ¿Usted cuántos hijos de puta cree que estarán naciendo en estos momentos?

El desconcierto de Arturo se elevó al cuadrado. Se entretuvo en las tonalidades verdes que relucían bajo el cristal del río.

—No sé, mi sargento.

—No sabe... Hay cosas que más vale no saber, ¿verdad, guripa?

2. Reducción al infinito

El tajo de arriba abajo abrió en canal la panza del caballo suspendido del gancho, dejando al descubierto su teclado de costillas y vomitando una catarata de sangre y vísceras colgantes que estalló contra el suelo. A continuación, el matarife, ajustando el cuerpo del animal al esquema por secciones que tenía en la cabeza, se lo pensó un poco afilando un par de enormes cuchillos, como desafiándose a sí mismo, balanceó uno de ellos y no tardó en comenzar su desollamiento. A su alrededor, el personal de la compañía de Carnización se afanaba en trasladar las piezas de carne de los caballos ya cuarteados y eviscerados. Dos días antes, el servicio de Intendencia de la 250 División de Infantería de la Wehrmacht había dado parte de un incidente en una de las cuadras que tuvo como resultado la fuga de un grupo de caballos, y tras su consiguiente hallazgo en el Sslavianka, había cursado la orden de que efectivos de la compañía se trasladasen hasta allí para aprovechar la carne de los animales. Aunque no se realizaban sacrificios desde hacía meses debido a que las bajas temperaturas no permitían orear suficientemente la carne, siendo abastecidos entretanto por la intendencia alemana, el botín de calorías era demasiado goloso como para abandonarlo en su gélido ataúd. El espeluznante hallazgo que allí habían hecho, no obstante las medidas que se habían

tomado para que no trascendiese, era ya la comidilla de toda la División. Como había comentado un alférez: «Contra Radio Macuto no hay censura que valga».

El teniente veterinario que supervisaba la salubridad del proceso se disponía a dar el visto bueno a otro de los caballos, cuando entró en la sala con paso firme un cabo primero tan musculoso que andaba con los brazos separados, como si llevara cubos. Tras saludarle, le comunicó algo entregándole una orden firmada. El oficial asintió y frunciendo el entrecejo buscó entre el atareado personal. Le embargó un sentimiento de contrariedad. La capucha de las amplias camisolas blancas utilizadas para no manchar los uniformes no le permitía ver con claridad los rostros. Optó por lo más expeditivo.

—Arturo Andrade —dijo con un vozarrón.

Al no encontrar respuesta en ninguno de los rostros que se volvieron, repitió el nombre varias veces. Al cabo, uno de los hombres que estaban inclinados sobre un animal, advertido por los codazos de un compañero, se descubrió y se quedó mirando al teniente con aire ausente. Éste contempló a un individuo más alto que la media, de unos treinta y pico años, de rostro chupado, marcado por la viruela, ojos azulísimos y una apariencia de náufrago.

—¿Qué te pasa? ¿Estás atontolinado o qué? ¿No me has oído?

Arturo reaccionó usando los resortes de la costumbre y se cuadró ante el oficial.

—A sus órdenes, mi teniente.

—Tienes que presentarte en el cuartel general. Te vas con el cabo.

El aire extraviado de Arturo se transformó en auténtico pasmo.

—¿El cuartel general?

El teniente asintió dando a entender que aquello ya había dejado de ser noticia. Le devolvió la orden al cabo y se volvió impaciente hacia un grupo que comenzaba a hacerse el longuis aprovechando la distracción de la visita.

—A ver, vosotros, que es para hoy.

Arturo pidió permiso para cambiarse de uniforme y recoger su arma y se fue tras el hercúleo cabo. Con su espalda como único horizonte, se preguntó cuál sería el motivo por el que le habían reclamado en el cuartel general. En su cabeza, montones de razones impidieron con sus gritos que se oyeran unas a otras, pero había dos que le inquietaban sobremanera: cierto asunto de trapicheo con tabaco y licores y su impulsiva curiosidad durante el episodio del río. Por cualquiera de ellas se hubiera sentido inquieto. Nunca sabes por qué te van a empapelar. En el exterior, bajo un legamoso cielo y rodeado por manchas de bosques, les recibió el paisaje nevado de Mestelewo, sede de la Intendencia, Sanidad y Municionamiento divisionario en el frente de Leningrado. La explanada cubierta de barracones, talleres, almacenes y búnkers, acotada por una vía férrea, se hallaba repleta por un pandemónium de soldados, caballos, piezas de artillería, camiones, tractores, ambulancias, remolques... El topónimo de Mestelewo lo tomaba prestado del pueblo original, un conjunto de isbas que se maltenían a lo largo de un camino, sobre un levísimo repliegue del terreno, rodeadas por graneros, cobertizos vacíos, almiares afilados, pozas de pértiga y, no muy lejos, un molino negro, de madera, de grandes aspas des-

nudas. Una aldea que, como la mayoría en Rusia, daba fe de que nada había cambiado en aquellas tierras desde prácticamente el medioevo. Arturo tiritó un poco y respiró con precaución por la nariz; el olor era ozonado, eléctrico, no se trataba sólo de la nieve, sino más bien de su proceso físico, de su origen. El cabo había traído un Peugeot lleno de mataduras y rayones, procedente de las múltiples requisas en Bélgica y Francia, militarizadas y uniformadas con una pintura gris-verde, y le invitó a montarse en él. De camino hacia el vehículo, Arturo oyó un sonido metálico parecido al roce de una cadena culebreando tras un ancla que acabase de ser soltada. Sólo tuvo tiempo de girar la cabeza unos grados antes de recibir un fuerte golpe y encontrarse tendido en el suelo intentando zafarse de unos pavorosos colmillos. Todo sucedió muy rápido, tanto, que en el cerebro de Arturo se produjo el efecto contrario: se desarrolló con una lentitud de buzo. Milagrosamente, logró salvar su cuello de la embestida y se arrastró hacia atrás por la nieve con la fuerza del pánico, acosado por las dentelladas del enorme pastor alemán que, tras fallar su ataque, se ensañaba con el trozo de bota en el que había hecho presa. El cabo reaccionó con presteza y con un par de demoledoras patadas logró que el animal se retirara. Luego, cogiéndole por los sobacos, ayudó a Arturo a ponerse de pie, pero al apoyar éste el pie izquierdo un dolor le llenó de filos el tobillo. Agarrotado por el nerviosismo, con una fina película de sudor cubriendo su frente, volvió a entrar junto con el cabo en el interior del edificio. Antes de quitarse la bota, Arturo ya se temía ver sus músculos al aire o, como poco, una rojez de carne torturada, pero tras el laborioso proceso de desabrocharse la bota descubrió con alivio que

no era de esas heridas que pedía a gritos una infección. Magulladuras en dos o tres puntos y un susto capital. Nada grave. Esperó hasta que se le compuso el cuerpo.

—La bota no ha salido bien parada —apuntó el cabo.

—No se pierde mucho, ya las tenía muy viajadas.

—Igual tendríamos que ir al hospital.

—Descuide, mi cabo, ha sido más el susto. No me explico quién ha podido dejar suelta una bestia así.

Arturo se levantó todavía algo aturdido y fue palpando el suelo con el pie. Cuando estuvo seguro de poder soportar su peso, volvieron a salir. Buscó el casco que había perdido en el forcejeo, se tocó con él y se acercó al perro. Éste les aguardaba quieto, produciendo un gruñido constante, amenazador; su hocico ahusado dejaba ver las únicas razones que valían en su mundo y, en realidad, en cualquier mundo, pensó Arturo. Se midieron unos instantes; extrañamente, no podía sentir odio, porque aquel perro no era malo, ni siquiera bueno, sencillamente se limitaba a ser lo que era. El cabo optó por ver la parte medio llena de la botella.

—Un eslabón más y ahora estarías probándote el traje de pino.

Arturo se fijó en la cadena que había detenido en seco la carrera del perro, anclada en un perno encastrado en la nieve, y se cercioró de hallarse en una zona perimetral segura. En ese instante, doblando una esquina, apareció un soldado alemán, uno de esos que se movían como si alguien tirara de sus hilos. En una mano llevaba un grueso papel de estraza con despojos de carne y huesos. Arturo se le acercó ceñudo y empuñando las palabras le

interpeló en su lengua. Mantuvieron un acalorado enfrentamiento durante el cual el germano exhibió una actitud fría, autosuficiente. El cabo no hablaba alemán y se vio obligado a seguir la discusión de boca en boca, al igual que el perro. No entendió las palabras pero sí el sentido global, dándose cuenta de que hablaban cada vez en círculos más cerrados, y se decidió a intervenir. Se interpuso entre los dos y, haciendo uso de su mayor graduación, se dirigió al alemán; le habló lentamente, como si su cerebro no pudiera soportar demasiado tráfico intelectual, aunque siempre sonriendo.

—Hijodeputa, cabrón, mariconazo, gilipollas... Manta, que eres un manta... Me cago en todos tus muertos...

Estuvo perorando así un rato, mientras el *grenadier*, perplejo, iba respondiendo con un «ja» monocorde a cada una de sus barbaridades. Fue mano de santo. Cuando se le agotó el diccionario, acercó su cara a la del alemán justo hasta el límite donde se podía considerar ofensivo.

—¿Teto teto? —le preguntó cachazudo.

El alemán interpretó que ésa era la expresión española para corroborar algo.

—*Ja, ja, mein obergefreiter. Teto teto.*

—Vale, pues por detrás te la meto.

Con un ademán toreador levantó una montera imaginaria y la lanzó a sus espaldas, conminando a Arturo a seguirle. Éste a duras penas podía mantener un postizo de seriedad. El teutón se olió la chamusquina y, a pesar de haber cedido, le amagó a Arturo una embestida, lo que le hizo dar un paso atrás. El alemán sostuvo el desafío con una sonrisa irónica, y luego palmeó al perro como si fuera

un caballo de carreras que hubiese ganado un gran derby. El cabo ordenó a Arturo que hiciera caso omiso y le condujo hacia el coche.

—A estos mindundis no se les puede seguir la corriente —le aseguró—, son más cuadrados que una onza de chocolate. Y, coño —añadió admirativo—, si sabes alemán, ¿qué te ha dicho?

—Pues que lo van a poner aquí por los partisanos, parece que está entrenado y los huele a distancia.

—Y me da que también para cazar españolitos... Para ellos no somos más que unos guarros, poco menos que micos. Pero como me llamo Aparicio Tárrega que a mí no se me suben a la chepa.

Arturo recordó con deleite las constantes quejas de los germanos a causa de la relajación ibérica: guerreras desabrochadas, manos en los bolsillos, pitillos colgando de los labios... «Se puede sacar a un español de España, pero no a España de un español», pensó. El cabo se detuvo con un pie en el estribo del Peugeot.

—¿No te olvidas de algo?

—Sí, de calzarle una hostia —afirmó Arturo con el odio agolpado en sus ojos.

El cabo Aparicio sonrió.

—No, no es eso.

Arturo pulsó el teclado de su memoria. Negó con la cabeza y aguardó con expectación.

—Tu chopo de la guarda.

Arturo hizo un aspaviento reconociendo su torpeza y buscó el máuser que había perdido durante la lucha, cuya estilizada forma destacaba en una hornacina de nieve. Fue a recogerlo y regresó al vehículo.

—Mira de hacerte sitio —le indicó el cabo señalando varias sacas de correos que ocupaban la mayoría del vehículo—. Teníamos un camión, pero se nos ha jorobado. Están a ver si lo componen.

Arturo encajó el cuerpo como pudo entre el correo que, por lo visto, el cabo se encargaba de transportar a la estafeta sita en el Estado Mayor. Al poco, las burradas que éste le había soltado al alemán sonaron a beatería en comparación con los juramentos que comenzó a proferir. El sonido torturado del arranque justificó su cabreo.

—¿Qué pasa? —se alarmó Arturo.

—¿Qué pasa? ¿Qué va a pasar? Que ya la hemos hecho. Que dejé encendido el motor y entre tanto follón se ha apagado. Y ya no carbura. Primero el camión y ahora esto...

Arturo no necesitó más explicaciones. Al igual que los hombres, los vehículos sufrían toda clase de congelaciones.

—La última vez tardamos cuatro horas para que *andara* —se lamentó el cabo—. A caballo de un burro vamos a tener que volver.

—Pruebe otra vez.

—Podemos estar hasta mañana.

Aun así, el cabo desplazó toda su esperanza al extremo de su brazo mientras trataba de resucitar el motor. Las repetidas tentativas no hacían más que volver sus rasgos más escarpados, hasta que terminó por dar un golpe en el volante. Todo el automóvil se sacudió bajo su solidez de roble al cuadrado.

—Se acabó. Éste no pita más.

—Inténtelo otra vez, cabo.

—Coño, que no tira y punto.

—Por favor —insistió Arturo.

El cabo le vigiló con cierto rencor y Arturo pudo contemplar al pormenor su cara, en la que destacaban unos ojos negros que titilaban de frío, la nariz grande, sólida como una quilla, y una cicatriz que suturaba su mejilla derecha y que sumada al resto de rasgos daba un conjunto a medio camino entre lo afable y lo brutal. Aparicio acabó por quitarse los guantes, como si el contacto directo pudiera imprimir mayor determinación a su gesto, y giró la llave. Inesperadamente, el motor se llenó a rebosar de vida; el sincopado petardeo fue lo más melodioso que les pareció oír en mucho tiempo. El cabo aceleró en punto muerto como aclarando la voz del coche.

—Ya me dirás la receta —comentó risueño.

—Las ganas de no coger un trineo, mi cabo. Y antes de que se me olvide, muchas gracias por el capote de antes.

—La cosa no pasó a mayores. Y, antes de que se me olvide a mí también, ¿qué le pasa a uno por la cabeza cuando se le ven las barbas a San Pedro?

Arturo sonrió algo incómodo.

—¿De verdad quiere saberlo, mi cabo?

—Si no te da mucho reparo.

Arturo echó atrás la memoria y volvió a situarse en uno de esos instantes que dan acceso a la eternidad. El cabo observó su perfil con ojos inquisitivos. El silencio se dilataba.

—La muda —respondió con decisión forzada.

El rostro del cabo reflejó desorientación.

—¿La muda? —repitió.

—Sí, sólo podía pensar en ella. Hace una semana que no me la cambio y sólo podía pensar en que me la vieran sucia en el hospital.

«Hasta para morir se hay que ir cagado y meado.» El cabo, riéndose a carcajada suelta, soltó el freno de mano y enfiló hacia el cuartel general. Arturo limpió de vaho la ventanilla y se pegó a ella; lo último que contempló fue la alegría simple y salvaje del pastor alemán ante la comida que cada poco le lanzaba su dueño.

El viaje hasta Pokrovskaia habría discurrido sin contratiempos si no hubiera sido por la conducción del cabo. Éste manejaba el vehículo como un suicida, por una carretera helada y ocupada por un doble tráfico, civil y de guerra, aunque Arturo reconocía que jamás se le iba la mano. Mientras recorrían los cerca de tres kilómetros que les separaban del cuartel general —afortunadamente, el coche disponía de aparato de calefacción—, y ante la visión de la desolada grandeza del invierno desplegada sobre magníficos bosques y campos de nieve que se perdían de vista, Arturo no pudo quitarse de la cabeza que toda aquella belleza hipnótica, repetitiva, era una trampa; en realidad, toda Rusia era una inmensa trampa. Tras las victorias del III Reich sobre Polonia y Francia, resultaba evidente que no había ejército capaz de parar a la Wehrmacht, todo dependía del espacio que se tuviera para huir; los polacos habían retrocedido durante veinte días, los franceses tardaron un mes en estar contra la pared, pero Alemania no había contado con el territorio infinito que los rusos tenían detrás. Desde que hacía casi dos años, en junio del 41, iniciara la invasión de la Unión Soviética, el país había ido mostrando sus cartas con la paciencia lenta pero irrevoca-

ble de un maestro, dejando a los alemanes penetrar con engañosa facilidad a través del Ejército Rojo, a la espera de que el invierno abriera los ojos. Y cuando lo hizo, todo empezó a cruzir: los hombres, las máquinas, las estrategias, el valor... El paisaje blanco que en un principio les había parecido mullido, como empapado en leche, se había revelado como un infierno equivocado de color. Y, allí, entre el martillo ruso y el yunque de la Historia se encontraban ellos, la 250 División Hipomóvil, la División Azul. Tras aplastar países como se aplastan uvas, el rayo verde de Hitler había presionado a Franco para pagar la deuda moral contraída durante la guerra civil por la ayuda nazi. El Caudillo había demorado la intervención española alegando la lamentable situación en que se hallaba el país —Arturo había sumado dos y dos y creía que, como siempre, esperaba algo a cambio; en este caso sólo cabía una cosa: concesiones territoriales en el Marruecos francés—, hasta que, temeroso de quedar al margen del botín tras una más que previsible victoria del Eje, optó por un brocado político-militar; es decir, apenas un mes después de iniciarse la Operación Barbarroja, comenzó a enviar a Alemania los primeros trenes con los expedicionarios que conformarían la ayuda española. La jugada, reconocía Arturo, había resultado sutilísima: la División Azul, como la habían bautizado los periódicos nacionales por las camisas azules de los numerosos falangistas que la conformaban, era oficialmente la DEV, División Española de Voluntarios, lo que la diferenciaba de una unidad regular de las Fuerzas Armadas, que podría ser interpretada por Rusia e Inglaterra como un acto de guerra, y al mismo tiempo mantenía a Franco enganchado al carro alemán sin com-

prometerse del todo. La llegada al cuartel general interrumpió sus reflexiones; una entrada a tal velocidad que todos se quedaron mirando atrás esperando que el mismísimo demonio apareciera persiguiéndoles.

**A la venta
el 11 de
octubre**



© Susana Pérez-Alonso

Ignacio del Valle

(1971) nació en Oviedo, aunque actualmente reside en Madrid. Dedicado en exclusiva a la escritura, ha publicado hasta la fecha cuatro novelas con excelentes críticas, *Cómo el amor no transformó el mundo*, *El arte de matar dragones* (premio Felipe Trigo), *El abrazo del boxeador* (premio Asturias Joven) y *De donde vienen las olas* (premio Salvador García Aguilar). Además, cuenta en su haber con más de cuarenta premios de relato corto a nivel nacional. Colabora con relatos y artículos en diversos periódicos y revistas, y ha actuado como ponente en varios congresos literarios. *El tiempo de los emperadores extraños* es su quinta novela.

www.ignaciodelvalle.es

© 2006, Ignacio del Valle
© De esta edición: Santillana Ediciones Generales, S. L., 2006
© Cubierta: Zapping

Printed in Spain - Impreso en España
Dep. Legal: M-37.802-2006
Impreso en Talleres Gráficos Palgraphic, S.A., Humanes,
Madrid (España), en el mes de octubre de 2006.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. Código Penal).